

## SARTRE ERA SARTRE Y NUESTRAS CIRCUNSTANCIAS

**H**ACE algunos meses que murió *Jean-Paul Sartre*. Comprendo que a los alumnos de Instituto el nombre no les diga ahora demasiado, aunque tenga su espacio reservado en el último o penúltimo capítulo del libro de Filosofía; ese capítulo al que nunca se llega, porque con tantos seminarios, áreas, programaciones y explicaciones de los profesores (¡ahora los profesores sabemos mucho!), apenas sí se alcanza la mitad de los programas. Descartes, Leibniz, Locke, Hume, Kant... Y, para los que han corrido algo más, Hegel... Los demás filósofos, los últimos, permanecen, año tras año, en el anonimato...

A nosotros, a los que no tuvimos la "suerte" de cursar el Bachillerato Unificado y Polivalente (vulgarmente llamado B.U.P.), sino el Bachillerato a secas (primero Elemental y luego Superior), no solía explicarnos tanto el profesor sino "tomarnos" diariamente la lección, y así daba tiempo, no sólo a acabar el libro, sino a darle uno o dos repasos, de cabo a rabo, antes del examen, que no evaluación (teníamos la virtud de llamar a las cosas por su nombre), final. Pero Sartre no salía por ningún sitio, como no salían la Generación del 27, la novela social ni tantas otras cosas... Y es que la Historia, la Literatura, la Filosofía, para los estudiantes de entonces, siempre acababa en el siglo XIX. Lo del XX era otra cosa; era Política; de la buena o de la mala, pero Política al fin y al cabo...

A Sartre lo conocimos, ya universitarios, cuando allá por el año 1964 ó 1965, rechazó el Premio Nobel de Literatura, hecho insólito para nosotros, literatos en ciernes, que alguna vez, entre poema y poema, llegamos a imaginar nuestros nombres en el palmarés de la Academia sueca... ¿Te



acuerdas, Paco? Tú (¿dónde paras ahora?), rebelde a tu manera, hijo de un albañil en paro, amigo del enterrador de tu pueblo, andaluz de los de antes de la autonomía, que nos habías iniciado en Buñuel e Igmarr Bergman, en el teatro de Muñiz y Lauro Olmo, en Miguel Hernández y Blas de Otero (¡Acabamos aprendiendo de memoria, de tanto oírte recitar, aquello de "Definitivamente, cantaré para el hombre"!); tú nos pusiste en las manos "La náusea", "El aplazamiento", "A puerta cerrada", "Las moscas"... editadas por Losada (páginas oscuras, como enmohecidas, con olor a clandestinidad), donde habíamos leído también a Neruda (¡Aquella terrible "Tercera residencia"! ) y a García Lorca y a León Felipe ("Antología rora") y a Baudelaire (¡tan mal traducido!) y a Alberti ("Entre el clavel y la espada")... Y, aunque tarde, subrayamos, aprendimos y rumiamos aquellas frases lapidarias que eran como el catecismo, nada más que al revés:

"El infierno son los demás"

"El hombre es una pasión inútil"

"La existencia del hombre excluye la existencia de Dios"

"Aunque Dios existiera, esto no cambiaría. Es necesario que el hombre se encuentre a sí mismo";

aquellos conceptos que eran como los de "Por el Imperio hacia Dios" ó "La unidad de destino en lo Universal" ó "Vale quien sirve", pero también al revés:

"El hombre no es otra cosa que lo que se hace a sí mismo"

"Hace falta comprometerse"

"La anarquía, es decir, una sociedad sin poderes, debe convertirse en realidad"...

Y en nuestros paseos por el Malecón, a la atardecida, o en nuestros viacrucis por las tabernas, ya desaparecidas, del Barrio del Carmen (que no tiene nada que ver con el Barrio Latino, pero pudiera haberlo tenido), tratábamos de desflorar aquellas margaritas, ya algo ajadas, del existencialismo:

"Me aburro, es todo... es un aburrimiento profundo, el profundo corazón de la existencia, la materia misma de la que estoy hecho..."

"Yo me elegí a mí mismo, no en mi ser, sino en mi manera de ser"

"El hombre está condenado a ser libre"



(¡Y cómo nos costaba entender ésto entonces, cuando aún no suponíamos que la Libertad (siempre la escribíamos y pensábamos con mayúscula) pudiera ser, efectivamente, una condena!).

Y mirábamos con asombro e incredulidad aquellas fotografías que de vez en cuando dejaban caer en sus páginas algunas revistas avanzadas: Sartre haciendo la compra, Sartre repartiendo "La causa del pueblo" por las calles de París, Sartre con dos barras de pan bajo el brazo..., mientras comparábamos su desaliñada indumentaria y sus "vulgares" quehaceres con la esquisitez de nuestros profesores, impecables bajo la immaculada camisa blanca y la raya, afilada, vertical, geométrica, de sus oscuros pantalones del traje. Nosotros, que nos veíamos obligados a asistir a la Universidad con chaqueta y corbata, en pro de la decencia y buenas costumbres...

Y es que, acuérdate, Paco, nuestra historia era muy otra y muy otro nuestro mundo de los Pirineos hacia acá: El Dúo Dinámico nos cantaba aún aquello de "Soomos jóvenes aaamor. Soomos jóvenes loos dos. Es fantástico viiivir. Y poder cantar aaasí...". Sólo los más progres llevaban bajo el brazo un disco de los Beatles, Joan Baez, Teodorakis, Edith Piaf o la "nova canço" catalana. Nuestro mundo era el del milagro económico español, los Planes de Desarrollo, el 600 dominguero, las turistas suecas y, por las noches "Un millón para el mejor" en la pequeña pantalla del Tele-Club o del vecino del 5.º. Algo se hablaba en las revistas del corazón de los "hippies" y los "beatniks" (que dicho sea de paso, nunca supimos en qué se diferenciaban), pero poca gente había tenido la suerte de ver a uno auténtico de cerca; tímidamente empezábamos a dejarnos crecer el pelo y volvíamos la cabeza, también tímidamente, ante las primeras y descocadas minifaldas. Eran los tiempos de los 25 años de Paz y el gol de Marcelino a la URSS; los tiempos de "Triunfo", "Destino" y "Cuadernos para el Diálogo"; de las primeras huelgas (paros) de obreros (productores [¡Aquellos deliciosos "Cinemas del Productor" con bocadillos y pipas!]) y de los curas comunistas corriendo delante de la policía con la sotana arremangada...

Por eso nos costaba comprender la renuncia al Premio Nobel de Sartre. Pero no era un hecho aislado. Antes había sido lo de Argelia, y antes aún su lucha antifascista. Y luego (¿recuerdas, Paco?), ya acabando nosotros la carrera, vino lo del Mayo del 68 y lo de "La imaginación al poder" dicho por aquel sexagenario líder juvenil cuyas gafas no lograban disimular sus ojos de rana, ojos saltones y extraviados, nunca supimos con exactitud si hacia la izquierda o hacia la derecha, o hacia ambos lados a la vez. Francia



paralizada, doce millones de trabajadores en huelga, el Barrio Latino declarado "libre" y la Sorbona capital, por unos días, de una romántica y soñada república de la libertad... ¡La imaginación al poder! Sugestivo lema para los que ya empezábamos a leer a Cortázar, Vargas Llosa o García Márquez, para los que íbamos al cine a ver "Repulsión" de Polanski, "Pip-permin frappé" ó "2.001. Odisea del espacio", para los que, enterrado el S.E.U. (¡El S.E.U. ha muerto! ¡Viva el S.E.U.!), seguíamos con atención, desde nuestra exasperadamente tranquila Universidad de Provincias, a través de radio París, cómo crecía la agitación estudiantil en España, con asambleas, manifestaciones, cierres de Facultades y desafíos a la Policía y a las autoridades académicas...

Pero, a pesar de eso, nuestra historia, nuestra verdadera historia seguía siendo otra: la del "La la la" de Massiel y su vestido de visón, la del doctor Barnard y sus trasplantes de corazón, la de Menéndez Pidal hablando con Charlton Heston a propósito del rodaje de "El Cid"... ¡La imaginación al poder!... Pero volvió De Gaulle (¡otra vez!) para dar al traste con los sueños de aquellos jóvenes que durante dos meses fueron los protagonistas de la Historia, de aquellos jóvenes que durante una primavera quisieron (!y pudieron!) organizar el mundo a su manera. Y un poco, también, con nuestros propios sueños...

Por todo ello, con Jean-Paul Sartre, ese joven de 75 años que nos ha dejado definitivamente, se ha ido también, no sólo la página viva de un manual de Filosofía o de Literatura (esa página a la que nunca se llega), no sólo uno de los más directos testigos y protagonistas de la Historia del siglo XX, sino también un trozo de nuestra propia historia, la de los que éramos jóvenes, aunque no nos dejaran, allá por los años 1965-68. Y aunque él dijera:

"Yo no admiro a nadie y no me gustaría que me admiraran. Los hombres no son para ser admirados, son todos semejantes, todos iguales. Lo que importa es lo que hacen",

aunque dijera eso, es difícil sustraerse a escribir unas páginas de admiración y recuerdo hacia él, mientras uno rumia, nostálgico y desencantado, aquellos años juveniles en que aún teníamos futuro.

